

LA RELIGION DE LOS HANKSIS

Carlos Sabino

Novela. Ciencia Ficción.
Ed. Panapo, Caracas, 1989, 232 págs.



A Jean Sibelius, in memoriam, por su Tercera Sinfonía

Primera Parte:

El Profeta

1

H

Hankl Ozay no había sido un hombre religioso, apenas un astronauta. A mediados del siglo XXII una profesión más o menos corriente, bien remunerada, donde se podía pasar en segundos desde el tedio más absoluto hasta situaciones de insoportable riesgo. Una aventura abominable lo había cambiado.

El viaje había comenzado como tantos otros, con la rutina de los planes de vuelo, los exámenes médicos, las pruebas técnicas de la nave. Se trataba en principio de una ruta habitual aunque luego, llegados a las cercanías de Júpiter, el capitán tenía la intención de acercarse a algunos de los satélites más alejados del planeta, aquéllos que casi nadie visitaba. Suponía -no ausente de cierto rigor científico- que allí podrían encontrarse grandes yacimientos de ciertos elementos superpesados, como el Transáureum 111 o los aún más codiciados Ionio y Jovium. De todos modos, aunque no los consiguieran, siempre habría oportunidad de hacer más convencionales transacciones.

Pero el capitán Joak era un hombre adusto, malhumorado, que no se llevaba bien con el segundo de a bordo, una mujer llamada Qiny que financiaba en parte la expedición, puesto que era la propietaria legal de la Betelgeuse. Hankl, como los otros, pudo advertir con facilidad los peligros a que estaría expuesto en la larga travesía: el salario era tal vez excesivamente alto, aunque no se preveía protección económica alguna contra ciertos percances que, lo sabía, eran bastante probables; el plan de viaje parecía razonable pero, examinándolo con atención, resultaba un tanto forzado y poco preciso en cuanto a sus etapas parciales. El proyecto, en conjunto, no ofrecía seguridad. Era capaz sin embargo de despertar la codicia de hombres jóvenes, en parte aventureros, que todavía podían sentir el llamado siempre irracional y envolvente del Espacio. La tripulación quedó finalmente formada por siete personas, a las que había que agregar el taciturno Joak y la ambiciosa Qiny, tampoco muy comunicativa.

Tú mismo escogiste Hankl, sin que en el fondo nadie te engañara, confiando en tí, en el dorado camino que imaginabas estar recorriendo.

La misma noche anterior a la partida, cuando ya todos estaban concentrados en un edificio de la base de lanzamiento, se produjo un incidente ominoso, que la tripulación advirtió aunque sin entender plenamente. Hubo una áspera discusión en voz baja y al final unos gritos:

-¡Cállese, usted no sabe nada de esto, imbécil!

-¡El que no sabe nada eres tú, Joak! Esta nave es mía, recuerda, y al final todos tendrán que hacer lo que yo diga.

Las voces cesaron, abruptamente, y todos experimentaron una vaga inquietud. ***Y sentiste eso que todavía llaman malos presagios, presentimientos, descartándolos como si sólo fuesen una estúpida insensatez. Pero no podías dormir.***

No fue sorprendente que el clima de tensión se instalase en el vehículo muy pronto, desde los primeros días. Cualquier cosa servía de pretexto para opiniones encontradas, para órdenes que se contradecían ante cada detalle. Hankl, como los demás, se vio envuelto sin querer en ácidas disputas, aunque en general fue capaz de mantener la calma. Respetaba lo que dijera el capitán o la obsesiva señora Qiny pero trataba de hacer, en lo posible, lo que le pareciese más razonable. Era

en definitiva un astronauta joven, que todavía disfrutaba con sus tareas y encaraba el trabajo con relativo entusiasmo.

El primer problema que surgió fue de su competencia: una inusual pérdida de combustible que amenazaba con hacer del viaje un completo fracaso, una tragedia quizás. Pudo controlarlo a tiempo, entre las recriminaciones del capitán y la desconfianza de la intolerante señora Qiny, pero pronto surgieron otros inconvenientes. La nave era anticuada, sin duda, y no respondía bien al tratamiento exigente que le daban. El descontento entre la tripulación era evidente y continuo, y esperaban con ansiedad el alivio de una primera escala. Júpiter -con sus satélites habitados- estaba sin embargo todavía distante.

Pasaron luego semanas simétricas, nunca del todo tediosas porque la hostilidad y una atmósfera de amenazas impedían el completo aburrimiento. Hubo también algunos días plácidos, cuando todo pareció transcurrir como en otros viajes más normales: el cinturón de asteroides había quedado atrás y nada se interponía entre la nave y su objetivo.

A medida en que se acercaban al gran planeta aumentaron otra vez la tensión y las discordias. Algunos pensaban que era imposible continuar en esas condiciones y discutían abiertamente con el capitán; otros echaban la culpa de todo a Qiny o, silenciosamente, esperaban la primera oportunidad para abandonar de una vez la *Betelgeuse*. El evidente deterioro del navío, entretanto, hacían que el ritmo de trabajo fuese realmente excesivo. Los tripulantes disputaban entre sí y con el capitán y pronto, a pesar de las inflexibles normas que todos decían respetar, hubo algunos estallidos de desbordada violencia.

El clímax llegó cuando, ya próximos al primer cambio de rumbo que debería llevarlos a Calisto, el capitán Joak convocó a una reunión general; la navegante de guardia había reportado un desperfecto grave en el sistema de control. Todo hubiera podido superarse con relativa facilidad si, como en otros casos, se hubiesen hecho las indispensables reparaciones en el casco que obligaban a salir al exterior de la nave. En realidad estaban ya muy cerca de sitios habitados y una oportuna señal de auxilio les hubiera sido respondida en pocas horas. Pero nada se hizo.

Lo presentiste Hankl, te burlaste de tus intuiciones, y ahora estás aquí, ante las puertas de un desastre.

Nadie quiso arriesgarse a la reparación, nadie se ocupó con determinación de ubicar a las posibles fuentes de ayuda y, durante casi una hora, siguieron las estériles discusiones: de las acusaciones mutuas se pasó los insultos, y de estos -casi inadvertidamente- a la violencia física. Estaban en realidad en el límite, agotados y tensos, desconfiando mutuamente entre sí. Uno de los hombres sacó un arma, en un arrebato absurdo, y disparó contra el capitán. Era una anticuada pistola de gases, de fuerte onda expansiva pero poca efectividad; no alcanzó a Joak.

Su fallida puntería representó para todos, sin embargo, la mayor de las desgracias: el proyectil, al dar sobre uno de los paneles de control, produjo diversos e irreparables daños. En ese instante sonó la alarma general: se había roto también el cierre de una de las compuertas de seguridad del combustible y la nave podía explotar en cualquier momento.

Varios tuvieron tiempo de correr hasta las cápsulas de salvamento mientras se sucedían, en cosa de segundos, las descomunales explosiones. Hankl Ozay, entonces, se introdujo en el estrecho compartimiento, donde no podía casi moverse, aunque en el mismo existían sistemas de soporte vital que garantizaban su supervivencia casi ilimitadamente. Pensó con pesimismo que quizás lo aguardaran varias semanas de angustiosa espera y que, por desgracia, a nadie podría ahora reclamar su paga.

Tu temor, lo sabes ahora, Hankl, era morir. Lo comprendiste hace tiempo, hace mucho tiempo: cuando te apresuraste a ocupar la cápsula de salvamento, en medio de los estallidos incontrolables de la nave, cuando descubriste que sólo una fracción mínima de segundo te separaba de la absoluta destrucción; y la evitaste.

Y sientes ahora que te resignarías a dejar de ser, aceptando que tu conciencia es percedera y que -monstruosamente- el mundo va a seguir existiendo después de tu desaparición. Porque has entendido que hay algo mil veces peor, peor que la muerte: aparece ante tí la imagen de los cráteres helados de Calisto, la superficie oscura de esa luna de Júpiter que estás condenado a ver, perpetuamente, encerrado en esa pequeña estructura que viene a ser como tu piel en el espacio, girando sobre tí, sin esperanzas. Sin la esperanza siquiera de morir.

Ves, cada cierto tiempo, y puedes determinarlo con facilidad -cada 13 horas y 28 minutos "terrestres"- otra cápsula similar a la tuya y, al fondo,

como recortada sobre la superficie inmensamente brillante del planeta que a tus ojos es casi una estrella, otra cápsula más. Ellos fueron tus compañeros y están, como tú estás, totalmente atrapados. A salvo, eso sí, porque se trata de un sistema cerrado, completo, con reservas prácticamente infinitas, capaz de mantenerte vivo por un tiempo que -lo lamentas- podría llegar a ser demasiado largo. Todo allí está literalmente al alcance de tus manos, no hay espacio para nada más. Tus movimientos son los que el mecanismo de supervivencia te impone, te obliga casi a hacer, para que mantengas el uso de tus músculos.

Has recorrido cada centímetro de tu cápsula en los primeros aterrados momentos, sin encontrar modo concreto de comunicarte con el cosmos: el estallido de la nave ha dañado algo, probablemente, y tu transmisor no tiene el poder siquiera de llegar hasta los otros que están ante tu vista, tan cercanos. Estás aislado.

Finalmente has terminado tu exploración: hay unos paneles, arriba, hacia la izquierda, que tienen un rótulo alentador: HELP - AYUDA, y unos caracteres en ruso y chino. Tal vez, supones con la invicta esperanza de quien se siente solo, en ese último rincón haya una antena, un transmisor de repuesto, algún objeto que pueda sacarte de esta prisión inconcebible. Con esfuerzo, porque la tapa del compartimento parece estar trabada, consigues finalmente llegar al contenido. La decepción, lo has repetido muchas veces, te hace llegar por primera vez a la horrorosa frontera de la locura: allí sólo hay un traje espacial plegable, una caja de oxígeno, una máquina lectora y unos cubos. Supones que en ellos están escritas algunas estúpidas instrucciones.

El tedio, la curiosidad, el compromiso de agotar hasta el fin todas las posibilidades, te llevan a leer -rato después- el contenido de los cubos químicos. Las instrucciones del primero alimentan tu desolación: comprendes que las cápsulas, todas las cápsulas, han sido deficientemente equipadas, porque no se han colocado allí precisamente los básicos sistemas de comunicación espacial que deben ser provistos como parte del equipo regular. Hay varios cubos más, sin embargo, de un tamaño que hace suponer la existencia de más largos mensajes.

Es el segundo cubo el que te abrumba verdaderamente, con la frustración de quien se siente víctima de una cruel ironía. Tantas veces lees su comienzo que, por fin, alcanzas a memorizarlo:

VIAJERO: EN ESTOS MOMENTOS, SIN DUDA, SIENTES ANGUSTIA Y DOLOR. ESTAS SOLO, TAL VEZ PROXIMO A LA DESESPERACION. PERO NO TEMAS: TEN FE, TU DIOS -CUALQUIERA QUE ESTE SEA- SE ACORDARA DE TI. ACERCATE AHORA A SU PALABRA.

EN ESTOS CUBOS SE HAN HECHO CUIDADOSAS TRANSCRIPCIONES DE TODOS LOS LIBROS SAGRADOS QUE EXISTEN EN LA TIERRA, ASI COMO DE MUCHOS MITOS Y LEYENDAS DE PUEBLOS QUE YA NO SOBREVIVEN, PERO QUE NOS HAN LEGADO SU MENSAJE DE FE. EN SU LECTURA ENCONTRARAS CONSUELO Y ESPERANZA.

NO TE ABANDONES A LA AUTOCOMPASION: ESCUCHA EN CAMBIO LA PALABRA SAGRADA.

Liga Federal por el Renacimiento de la Fe

Piensas, en un primer momento, en la soberbia y en la necesidad de esos hombres de la Liga, que creen que de algo puede servir, en tus circunstancias, la vana presencia de esos textos vacíos de significado. Pero las horas, el tiempo puro, porque hablar allí de horas carece de sentido, se hace verdaderamente inconmensurable. Y al final lees, (qué otra cosa puedes hacer?), burlándote un poco al principio, con renuente curiosidad después, estableciendo tu propia disciplina e intentando, con paciencia, penetrar en la lógica de todo aquello que parece una prodigiosa acumulación de irrationalidades.

El joven Ozay, como todos los demás, fue oficialmente dado por muerto y olvidado sin que se hiciese una exploración sistemática. La razón era muy simple: ninguna estación sabía con claridad el derrotero de la nave -que había sido cambiado más de una vez durante el trayecto- y no se habían recibido pedidos de socorro que pudieran alertar a quienes frecuentaban la zona. Las semanas previstas por Hankl se convirtieron en meses, y los meses se acumularon desoladoramente. El artificio funcionaba -eso sí- a la perfección. Desde sus ventanas seguía viendo periódicamente algunos restos de la perdida nave y, con un horror que no disminuía, las otras pequeñas cápsulas a la deriva en las que tal vez subsistían aquellos que habían sido sus compañeros de viaje.

Seis años terrestres duró esa tortura inaudita.

El rescate naturalmente fue fortuito. Un carguero que exploraba nuevas rutas, y que por cierto disponía de pocos medios para recuperar la vida de esos pobres hombres, los encontró ya casi agonizantes. Dos de ellos murieron antes de que los trasladasen a Calisto, agregándose así al grupo de quienes no habían atinado a introducirse en las cápsulas; el capitán y una mujer -la navegante Yu, que era la más veterana del grupo- dieron declaraciones incoherentes, que anunciaron su insalvable desequilibrio psíquico. Solamente Hankl, entre los cinco sobrevivientes encontrados, pareció en condiciones de recuperarse alguna vez.

Debilitado y perturbado, aunque mejorando con rapidez, éste llegó a la Tierra como una especie de héroe, aceptando ya calmadamente la sucesión de ridículos homenajes y tediosas entrevistas a que seguramente lo someterían. Nunca había ocurrido un caso semejante y la publicidad fue enorme.

El primer síntoma de que era ahora un hombre diferente pudo apreciarse algunas semanas más tarde cuando, dado ya de alta por la variada corporación de médicos que lo asistía, le fue propuesto dirigirse a miles de millones de personas por medio de la Televisión Directa (TVD). El rehusó -simplemente- y se dirigió a su ciudad natal en el norte del Canadá.

Con expresión seria y apacible Hankl bajó del transporte aéreo, caminó unos pasos, y dijo sin preámbulos al comité de ciudadanos que se había formado para recibirlo:

-Sé que probablemente vaya a defraudarlos, hermanos, pero no quiero actos ni celebraciones, ni la presencia de la TVD. Me gustaría hablar libremente, con confianza, sólo ante la gente cuyas caras pueda ver. Les pido que me comprendan: no me interesan las solemnidades que mañana vayan a olvidarse, sino la verdadera comunicación con mis semejantes.

Ellos, que estaban dispuestos a concederle casi cualquier cosa, aceptaron complacientes pero sin entusiasmo. El hombre del espacio, como ya se lo llamaba, fue por eso conducido al mejor local de Yellowknife, a un auditorium pequeño y moderno, donde se agolparon quienes se sentían privilegiados por poder oír su palabra. Miles de personas quedaron fuera, en las desiertas calles.

Después de una breve y emocionada salutación el alcalde le cedió la palabra, no sin antes hacerle una completa lista de preguntas que fue enlazando con la vigorosa curiosidad que era el patrimonio común de los

presentes. Hankl los miró fijamente, con demorada dulzura, y habló por fin:

-Nunca pensé que podría llegar a vivir un momento como éste, hermanos. Fue demasiado tiempo. Me sentía tan absolutamente solo, olvidado por los demás y olvidándome de ellos, tan alejado de la humanidad, que pensaba sólo en mi muerte. Ya saben ustedes que me decidí a sobrevivir. Si hay en la sala algún miembro de la Liga Federal por el Renacimiento de la Fé quisiera agradecerles una cosa: esos libros sagrados que hay en todas las cápsulas, y que en principio pueden parecer inútiles, fueron para mí de invalorable utilidad. Yo no creía en ellos, no creo ahora, pero pude estudiarlos con detenimiento. Son inmensamente confusos, en especial cuando se los toma a todos en conjunto, pero tienen también una riqueza maravillosa que, después de un tiempo, estuve en condiciones de apreciar. Sólo necesitaba paciencia para leerlos y entenderlos. Y la paciencia era la única virtud que me era dado ejercer en esas circunstancias; el único escudo protector contra la locura que sentía crecer en mí como una amenaza sombría y permanente.

El público, primero asombrado e inquieto porque esperaba otra clase de discurso, comenzó sin embargo a escucharlo con atención. Sus palabras eran tan sinceras que sugerían, mejor que mil detalles, lo que había sentido aquel hombre prisionero en el espacio.

Y comenzó a contar su historia; de un modo directo, simple, sin eludir los pormenores que podrían haber resultado inelegantes o demasiado personales, sin comprender que de todos modos su palabra se estaba difundiendo a más vastos auditorios, porque había sido imposible eludir la tenaz expectativa de los cazadores de noticias de la TVD. Habló de sus deseos sexuales postergados y no de las computadoras de navegación, del odio que llegó a sentir y la desesperanza, omitiendo con deliberación los tecnicismos que parecían el tema obligado de su disertación. Sus ojos oscuros, su semblante todavía adelgazado por los años de encierro, comunicaban una fuerza vital arrolladora, una fe en su destino que se transmitía inmediatamente a los presentes. Al final, elevando su voz pero siempre pausadamente, volvió sobre las lecturas y los pensamientos de aquellos incontables días:

-Yo al comienzo pensaba, y eso era cierto, que necesitaba de todos los recursos de la técnica para quebrar mi encierro. Pero cuando supe que ya nada podía hacer, que no había forma de comunicación que estuviese a mi alcance, comprendí entonces una verdad terrible: mi rescate dependía casi por entero del azar, del encuentro fortuito con esa

gente del espacio que yo tan bien conocía. Y, mientras tanto, debía luchar contra la desesperación-. Se quedó en silencio, como dejando que los demás se formularan las preguntas que el mismo se había hecho tantas veces, sin saber que ahora lo estaban escuchando y viendo millones de personas, en lugares distantes y hasta en más de un planeta. Prosiguió, como quien cuenta la forma en que ha atinado a resolver un enigma:

-Yo no creía en Dios, ya les he dicho, y mucho menos en esas frases altisonantes que se encuentran en los libros sagrados de casi todas las religiones. Pero me pareció que estaba a mi alcance encontrar una respuesta y un consuelo, mientras me ejercitaba en la crítica de todo aquello sin renunciar a mis escasos conocimientos científicos. Y entonces descubrí que podía haber religión sin dios, sin ninguna clase de dioses, sin vida eterna ni almas incorpóreas. Recordé que nuestro universo era mil veces más complejo y sorprendente que los sueños y las fantasías vulgares del hombre y que, aun en aquella desolación, yo era también parte de él. Era en realidad un satélite, un objeto que circulaba como la misma Tierra por el espacio sin medida, formado de los mismos elementos, como las límpidas estrellas que distinguía sobre el fondo absolutamente negro del espacio. Al final llegué a conocerlas y a individualizarlas, a hablar con ellas, rezándoles como si fuesen dioses pero sin olvidar las reacciones de hidrógeno y de helio que les daban su brillo. Pensé también que algún día podría surgir una nueva religión que no fuera un resabio de nuestra antigua ignorancia ni una tabla de prohibiciones, sino un sendero de paz y tolerancia, abierta a la verdad que siempre crece.

Hankl calló: había hablado casi dos horas, sin interrupción, desafiando prejuicios pero refiriéndose a sí con emotiva candidez, en un tono directo que apasionó a quienes lo escucharon. El público, el de la sala y el más vasto que lo veía a través de la TVD, se sentía profundamente conmovido.

Inclinó la cabeza, lentamente, ocultando las lágrimas que ya no podía contener. Un murmullo grave, unos aplausos que fueron creciendo atronadoramente mientras todos se ponían de pie, fue la respuesta inmediata. Luego se sucedieron los vítores, las exclamaciones, los movimientos de la gente que pretendía abrazarlo. El sólo murmuró:

-Discúlpeme, ya no puedo hablar más; estoy cansado, muy cansado-. Pero ante los reclamos pertinaces de quienes ahora lo rodeaban expresando preguntas, hablando de mil cosas y tratando de acercársele,

agregó:- A todos los espero mañana, hermanos. Sé que debo contar una y otra vez lo que he vivido. Es mi testimonio. Y es de ustedes.

Un hombre alto, de pelo muy claro, se abrió paso entre la multitud que lo rodeaba obstinadamente:

-¡Hank! Soy yo, Will.

-¡Will!

-Vente a nuestra casa, estoy con Ana. De otro modo no podrás descansar.

Mientras Hankl se dejaba arrastrar por sus viejos amigos, reencontrados en circunstancias tan extraordinarias, su mensaje era comentado, discutido, analizado en todas las ciudades del la Tierra. Cientos de personas se agolpaban bajo el frío nocturno de Yellowknife a la espera de su salida, mientras que infinidad de mensajes de salutación, y algunos pocos también de repudio, llegaban a la emisora que se había atrevido a difundir la histórica predicación. Yellowknife era, por unas horas, el auténtico centro del mundo.